

Año XXXV

7.<sup>a</sup> SERIE

# Revista Científico-Militar

---

Organización—Administración—Armas—Estrategia—Táctica—Fortificación  
Artillería—Tiro—Historia Militar—Geografía—Biografía—Progresos Científicos—Noticias  
Variedades, etc., etc.

---

**TOMO VI**

---



BARCELONA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN—PASEO DE SAN JUAN, 45

1910

7.<sup>a</sup> Serie.—Tomo 6.<sup>o</sup>—1910

## SUMARIO

1909-1910.—*Resumen de la guerra*, por Juan Avilés, teniente coronel de Ingenieros.—*La gran lección*, por el capitán Subrio Escápula.—*Los aeroplanos en la guerra*.—*Bibliografía*.

### BIBLIOTECA

Pliego 27 de «Topografía Militar», por D. José Ferré y Vergés, capitán de ingenieros.  
Pliego 1 de «Napoleón, jefe de ejército» (2.º tomo), por el Conde Yorck de Wartenburg.  
Pliego 1 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.  
Pliego 1 de «Geografía Militar de Marruecos», por D. Antonio García Pérez.

---

### 1909-1910

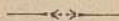
El año 1909 ocupará por larguísimo tiempo lugar preferente en los fastos militares españoles. A las prolongadas é infecundas guerras civiles y coloniales, por las que el ejército sufrió un retroceso, pues de tal debe calificarse todo lo que no signifique avance por la vía del progreso, sucedió una infausta guerra por su desenlace, pero de consecuencias altamente provechosas en lo que atañe á la institución armada. Nos habíamos acostumbrado á guerras en las que el valor personal y la astucia del guerrillero eran los principales factores de la victoria, y los estudios militares serios y profundos yacían en olvido tan lamentable, como de facil explicación. Y aunque el fracaso que sufrieron nuestras armas en Cuba no fué imputable en realidad al ejército, sino que se debió á circunstancias contra las que nada pueden las fuerzas humanas, lo cierto es que aquel fracaso nos sacó de la atonía y que de entonces data el principio de nuestra regeneración militar.

Volvimos la vista á lo que se hacia en el extranjero, hicimos lo que podríamos llamar un examen de conciencia, emprendimos una labor intensa, verdaderamente febril en los últimos años; no hubo materia ni detalle que no fuera objeto de modificación, se concedió al material una importancia que antes se le negaba, y nos acercamos rápidamente á un estado de relativa perfección; seguíase tropezando en el escollo de la falta de fuerza en las unidades, pero se hicieron laudables esfuerzos para salvarlo y todo hacía esperar que concluiría por vencerse ésta dificultad como se habían vencido otras.

La orientación tomada ¿era acertada ó falsa? Sólo la guerra con sus terribles realidades podía dar una respuesta definitiva, y la campaña de 1909 la ha proporcionado lo más categóricamente que pudiera apetecerse:

por eso el pasado año ha revestido una importancia excepcional, como que ha suministrado datos para fijar sin vacilaciones el camino á seguir.

Corresponde á 1910 deducir las enseñanzas del año anterior y comenzar á aprovecharlas, afirmándonos más en algunos puntos en lo hecho hasta aquí, reformando y variando otros y desechando algunos á la vez que admitiendo otros nuevos. Pero le toca á 1910, y también aunque no en igual grado á los años que le sigan, resolver un problema difícilísimo al que estamos más expuestos los pueblos meridionales: por el espíritu de generalización, se corre la eventualidad—ciertamente funesta—de dar un alcance general á lo que sólo lo tiene particular, es decir, que se pierda de vista que la campaña del Rif no tuvo ni pudo tener los caracteres de una guerra regular en toda la acepción del vocablo, y que por consiguiente no debe amoldarse el ejército á lo que de ella se deduzca, sino después de un detenido estudio de selección, que separe y distinga lo de aplicación normal de lo que no tiene más que una finalidad limitada. Si no lo hacemos así y olvidamos que no todos los peligros pueden venirnos de Africa, se empequeñecerá el ejército y la campaña tan gloriosamente terminada nos será de perniciosas consecuencias. Véase pues con cuanta expectación aguardamos el proceso militar en el año que ahora comienza, y cuán fervientes son nuestros votos por que los hechos no defrauden las esperanzas, que no cabe negar tienen sólido fundamento, que abrigamos de que el presente año ha de ser aquel en que el poderío militar de España empezará á afirmarse sobre sólidas é indestructibles bases, abriendo á la nación días de prosperidad y de esplendor.



## RESUMEN DE LA GUERRA

Antes de examinar la pasada guerra desde los diferentes puntos de vista que nos han de ocupar en los artículos siguientes, importa hacer un breve resumen de la campaña, con objeto de señalar sus varias fases y apuntar los objetivos militares que las impusieron, en combinación con los de otros órdenes.

Al iniciarse las hostilidades, la guarnición de Melilla, suficientemente numerosa para defender la plaza y su campo exterior contra todo el Rif, poseía un elevado grado de instrucción, un excelente espíritu, conocía á fondo el carácter marroquí y la manera especialísima de guerrear de aquellos naturales. En la Península, la instrucción del ejército ni era uniforme en todos los cuerpos, ni había alcanzado el desarrollo anhelado; varias eran las causas que contribuían á este resultado, figurando entre las principales lo poco nutridas que estaban las unidades, las diferencias de efectivos entre unos y otros cuerpos, la poca extensión que—por insuficiencia de los recursos del presupuesto—se diera en los años anteriores á las es-

cuelas prácticas, la diseminación de las guarniciones, y también lo reciente de los reglamentos tácticos y del nuevo material de artillería, que comenzaba á entregarse á los primeros regimientos; de modo que, además de tropezarse con las dificultades que se habían patentizado ya en años precedentes, nos encontráramos en un período de evolución, en uno de los momentos más críticos por que puede atravesar un ejército en visperas de una guerra: el de tenerse que valer de unos instrumentos—la táctica y el material—que aún no conoce á fondo y cuyo espíritu no domina, antes de haberse desprendido de las rutinas y métodos antiguos. Por consiguiente, el ejército de la Península se encontraba en malas condiciones para emprender una campaña, y mucho más si se considera que á la turbación nacida del cambio de reglamentos, iba á sumarse otra aún más considerable: la de modificar á su vez estos últimos para ponerlos en consonancia con la índole especialísima del enemigo y efectuar este paso en los mismos campos de batalla.

Realizada por los rifeños la salvaje agresión que costó la vida á seres inocentes, á las pocas horas la guarnición de Melilla—siempre preparada para entrar en campaña—tomó inmediatamente la ofensiva, castigó á los moros y ocupó unas posiciones avanzadas, al E. del campo exterior y en las estribaciones del Gurugú—que permitieran desembocar en ocasión oportuna hacia Nador y Zeluán, y protegieran en lo posible la parte del campo en que necesariamente debían tener lugar las concentraciones y movimientos de tropas, si la guerra se encendía, como era de temer.

La presencia de nuestros soldados más allá de la zona neutral, fué la señal para que se alzarán en armas todos los habitantes de la región que baña el río de Zeluán, y cundiera la excitación y se manifestara una sorda hostilidad contra nosotros en las kabilas inmediatas al Muluya y en las más feroces é indómitas del O. de Melilla.

Conociendo perfectamente los rifeños, por sus continuas visitas á la plaza, la insuficiencia de nuestras fuerzas para todo lo que no fuera una defensiva enérgica dentro de los límites de nuestras posesiones, tomaron desde luego la ofensiva, y un día y otro día atacaron las posiciones conquistadas, y aun llegaron á hacer armas contra los mismos fuertes de la línea exterior. Nuestra forzada pasividad encendió su ardor bélico, y en breve varios millares de guerreros—que en valor, resistencia física y en hacer excelente uso de las armas superan á los mejores soldados del mundo—nos estrecharon de cerca, sin dejarnos un momento de respiro, tanto de día como de noche. Si por aquellos días la guarnición de Melilla hubiera contado con doble número de soldados, es probable que una rápida y resuelta ofensiva diera por resultado la inmediata pacificación, y con ella el término de la guerra, mediante un castigo que hubiera costado muchos centenares de bajas á los rifeños, bravos siempre, pero todavía no aleccionados por la experiencia de los días siguientes.

Mientras la guarnición de la plaza se mantenía en las posiciones ocupadas, teniendo á raya á un enemigo que crecía por momentos, se daba en la Península la primera orden de movilización parcial. Esta movilización—así como todas las siguientes—se llevó á cabo con perfecta regularidad, con resultados altamente lisonjeros en lo que atañe al número y dentro de los principios modernos. No cabe duda que fué un éxito, y que de ella se habrían reportado los más excelentes frutos si el ejército estuviera preparado á un paso tan trascendental como es el del pie de paz al de guerra, pero por desgracia no era así; de suerte que—aun prescindiendo de la influencia de los elementos morbosos, que no faltan en ningún país—los efectivos de reservistas no quedaron encuadrados en las unidades, y éstas vinieron á resultar muy otras de cómo estaban constituidas de ordinario. Es decir, que las tropas expedicionarias—y muy en particular las primeras brigadas—no poseían en sí mismas aquella unidad y homogeneidad que son la base de los éxitos; preponderaba en las unidades un elemento personal desconocido, y gran parte de los efectivos desconocía la nueva instrucción y el espíritu militar se refugiaba en los oficiales y clases.

Apenas desembarcados los primeros refuerzos, menester fué apostarlos en las posiciones avanzadas, única manera de que la antigua guarnición, más aguerrida, quedase libre en parte para las necesidades activas de la campaña; y se procedió á la vez á preparar la línea de comunicación y de operaciones al mismo tiempo, que forzosamente había de extenderse entre el mar y las estribaciones del Gurugú.

El enemigo, más osado cada día, comenzó á efectuar verdaderos ataques contra nuestras posiciones, entre los que ocupa el primer lugar el del 18 de julio; rechazamos aquel día, como siempre, á los rifeños, pero no sin que éstos, á favor de la traición de algunos moros que combatían á nuestro lado, se apoderaran de algunas acémilas y varios efectos dejados fuera de nuestras defensas, y cuya vista en las tribus aún indecisas sirvió para que los jefes de la harca reclutasen nuevos prosélitos armados.

El barranco del Lobo, cogiendo de revés nuestra línea avanzada y ofreciendo al enemigo seguro refugio para que hostilizara á mansalva y completamente de flanco nuestra línea de comunicación, deparaba al adversario todas las ventajas de la línea interior, sin ninguno de sus inconvenientes, y podía llegar á constituir un serio peligro para la seguridad del campo exterior. En consecuencia, el 23 de julio marchó una pequeña columna á ocupar una de las mesetas dominantes; el adversario, más conocedor que no sotros del terreno, rompió el fuego á cubierto desde posiciones dominantes, en momentos en que no parecía ser inminente una agresión, ni se hallaba desplegada la columna, forzándonos á replegarnos á nuestras líneas, y aun moviéndonos á empeñar tropas recién desembar-

cadav, con cuya ayuda repelimos al atacante, que se declaró en huida.

Un nuevo avance, emprendido hacia el mismo barranco, de frente y en terreno insuficiente para el despliegue, no dió mejores resultados, y entonces comenzó una nueva fase de la campaña, tan penosa como de felices resultados.

Activóse la fortificación definitiva de los puntos avanzados, así como de la línea de comunicación, y se multiplicaron los convoyes—cada uno de los cuales suponía un combate—, manteniéndose día y noche fuego con el enemigo, cuya audacia llegó á ser casi inconcebible. Simultáneamente con estas operaciones, las tropas no empeñadas en ellas se consagraron á una activísima instrucción, á veces bajo el alcance del tiro enemigo, y se concentró un contingente de tropas relativamente elevado en el extremo Este de la Mar Chica, que por aquellos días se trató de organizar como de base de operaciones. Y ciertamente hubiera sido esto ventajosísimo bajo todos los aspectos, si dificultades de orden material, contra las que nada puede el esfuerzo humano, no obligaran á desechar más adelante esta idea. Como quiera, efectuáronse brillantes operaciones en la región del Muluya, cuyo resultado fué la pacificación de aquellos territorios y poner en condiciones de seguridad el ala izquierda cuando se emprendiera el movimiento de avance.

Continuaban afluyendo los refuerzos desde la Península, y con ellos se formaron dos grandes núcleos, aparte del que debia guardar la plaza y su campo; organización ahora necesaria, porque la agitación se extendia ya por la península de Tres Forcas, y si no se la apagaba se corría el riesgo de que se lanzase contra nosotros todo el Rif.

Entonces comenzó la fase decisiva de la guerra: habituado el soldado á la fatiga, al combate, á las astucias y añagazas marroquís, curtido, fuerte y animoso, eran ya posibles las maniobras y rápidos movimientos en aquel terreno que por su misma ruda estructura parece defenderse él también de la invasión civilizadora; y Tahuima, Nador y Zeluán, en un extremo, Taxdirt y el zoco El-Had, en el opuesto, y el Gurugú en el centro, señalaban otras tantas páginas gloriosas del heroísmo español.

Mas este avance arrollador é impetuoso, conseguido también por el rápido traslado de las masas de un punto á otro, sufrió una pausa después del combate de El-Jemis. ¿Cuál fué su verdadera finalidad, por qué no se prosiguieron las operaciones en este sentido y por qué volvió á paralizarse la acción del ejército? Dejemos el examen de estos puntos para más adelante, y limitémonos á recordar que aquella fué una de las acciones más brillantes de la guerra y la que más quebrantó á las huestes rifeñas. Otro combate análogo, menos sangriento pero igualmente glorioso, tuvo lugar desde Nador, y las operaciones activas entraron en un período de quietud, que á muchos pareció definitivo y real terminación de la guerra. Felizmente no aconteció así.

Libres las alas del ejército, se manifestó nuestro poder con toda su grandeza, y no hubo ya resistencia que se atreviera á hacerse fuerte, ni enemigo que osara á presentar cara, sabiendo ya como sabían los rifeños, por amarga experiencia, que nuestros soldados irían á buscarles á donde quiera que se refugiases, y que había desaparecido, esta vez para siempre, el misterio pavoroso en que se resguardaban los riscos y escabrosidades del Rif.

Tal ha sido en sus líneas generales esta guerra, de desarrollo ciertamente anómalo si se la estudia en su aspecto militar y considerándola incluida entre las campañas que pertenecen al tipo normal, pero obedeciendo en su conjunto á una finalidad bien definida, que iba acomodándose á las circunstancias y al carácter, tan complejo como poco conocido, de los naturales del Rif. Porque importa tener muy presente que el plan desarrollado en varias etapas y con intermitencias, dibujóse con claridad desde los primeros instantes; más que el plan, interesa estudiar su ejecución.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros



### LA GRAN LECCIÓN

Quede para otras plumas la labor, grata é ingrata, de ir estudiando las enseñanzas, que reputo casi inagotables, de la campaña del N. de Marruecos; la materia es tan vasta, que ofrece campo suficiente para todos, y por eso me permito abordarla desde un punto de vista que no es el verdaderamente profesional ó técnico.

La guerra ha terminado; gracias al ejército ocupámos más de 500 kilómetros cuadrados de terreno en la costa N. E. de Marruecos; se nos van á abrir allí nuevos mercados y fuentes de riqueza, que ignoro si sabremos y querremos explotar; hemos conseguido merecer el respeto de otros pueblos más fuertes que nosotros, y, lo que es más raro, que aunque tarde se nos haga justicia más allá de nuestras fronteras; el ejército, que para muchos no era más que una carga inútil, se ha demostrado que servía y que era necesario;... todo son bienandanzas, felicitaciones y enhorabuenas, y no parece sino que, tras realizar una laboriosa y magna empresa, podemos respirar tranquilos y echarnos á descansar. Estos son los hechos superficiales, pero la realidad es muy otra.

No hace ocho meses creía la casi totalidad de la nación que nos hallábamos muy lejos de estar abocados á una guerra, que la paz iba á ser permanente y que habían pasado ya los tiempos de que los pueblos dirimieran sus diferencias á tiros y cañonazos. Y no sólo era ésta creencia del vulgo, sino de los elementos directores, lo que se comprueba con sólo recordar las economías que se hicieron en la instrucción del ejército y en los efectivos de las unidades; porque si bien no podían ocultarse los



peligros, ni se ocultaban, á los que por su cargo serían responsables de lo que pudiera sobrevenir, sabido es que no se arbitran recursos sino cuando las necesidades *extraordinarias* están muy á la vista.

La lección más saliente de lo pasado fué que no teníamos un ejército en disposición de entrar inmediatamente en campaña; pero con todo no tardó en ponerse de manifiesto la insuficiencia del material de artillería, del de ingenieros, del de administración y sanidad. Más gravedad encerró, sin embargo, el hecho de que los cuerpos, al constituirse en pie de guerra, carecieran de preparación para iniciar desde luego las hostilidades. Gracias á la índole especial de nuestro enemigo, pudimos á su vista, bajo su mismo fuego, completar las enseñanzas del soldado y darle otras en las que hasta entonces fuera imposible iniciarle, por la sencilla razón de que está fuera de lo humano el inventar hombres, ni hacer ejercicios de batallón cuando falta éste, ni acostumbrarse el capitán á mover 250 hombres, cuando ni su coronel los tiene realmente á sus órdenes. Pero además tropezábamos con una porción de rutinas, sobre muchas de las cuales se ha llamado la atención en estas páginas cuando nadie sospechaba la inminencia de la guerra. Y conste que esas rutinas no son imputables á personalidades determinadas, sino culpa de todos.

Como ejemplo, recordemos que mientras en los meses de julio y agosto el ejército de operaciones no descansaba ni de día ni de noche, y á los riesgos y peligros de los combates incesantes sumaba las privaciones de la sed, del hambre á veces, de una temperatura tórrida, del constante movimiento y el insuficiente sueño, en la Península se atenuaba la instrucción normal, porque lo avanzado de la estación aconsejaba no exponer á alteraciones la salud del soldado. Y mientras en Marruecos se ensayaban los nuevos reglamentos tácticos en toda su integridad y alcance, aquí seguíamos cuidando ante todo de la conservación del vestuario y practicando la táctica de voces, que no es propiamente la verdadera táctica.

El mayor elogio que puede hacerse de nuestra oficialidad es recordar que la guarnición de Melilla se encontraba en general á un nivel de instrucción superior al de los cuerpos que después fueron desembarcando, y supieron y pudieron hacer frente con ventaja á los moros aquellos soldados: es decir, que donde había regimientos y batallones propiamente tales, la oficialidad supo prepararlos y tenerlos dispuestos á todo evento; como supo luego hacer lo mismo, y por cierto en un lapso de tiempo muy corto, la de los cuerpos que sucesivamente afluyeron á Marruecos.

Nada desmoraliza tanto á los rifeños, ni les impele tan pronto á la huida como la amenaza de ser envueltos; en otro concepto, los dos grandes auxiliares de los kabileños son el terreno y la noche; y se nos ocurre preguntar: ¿cuántos ejercicios nocturnos (marchas, reconocimientos, combates simulados, seguridad) y de exacto y juicioso aprovechamiento del terreno se han efectuado en los últimos meses? ¿qué prácticas se han rea-

lizado para adquirir y desenvolver la ojeada militar, el conocimiento táctico del terreno? ¿cuáles ejercicios de retirada, real ó simulada, combinados con maniobras de flanco se han llevado á cabo? La misma instrucción del tiro ¿se ha comenzado ya á orientar en el sentido indicado por la experiencia? Ensanchando un poco más el campo de estas indagaciones ¿á qué número asciende el de los que conocen al detalle los métodos de guerra empleados por los franceses en Argelia y Casablanca? ¿son muchos ó son pocos los que están convencidos de que al frente del enemigo no se puede *inventar ni improvisar*, sino aplicar lo que se ha aprendido mediante una incesante y asidua lectura, primero, y una práctica total ó parcial, luego? ¿se han percatado todos de que algo de lo que hemos aprendido á costa de la propia sangre lo aprendieron antes que nosotros los franceses, por el mismo maestro, y mucho de ello los japoneses en una campaña todavía poco estudiada?

Los hechos pasados nos dicen también que si por esta vez no se ha presentado ninguna complicación europea, no podrá asegurarse lo mismo para el porvenir; que cuanto más extensa sea nuestra zona de ocupación en el Rif, tanto más fácil es que se reproduzcan sucesos sangrientos; que el buen espíritu y el valor es algo, pero no todo, ni siquiera mucho en la guerra; que si nosotros hemos sido aleccionados por la experiencia, no lo han sido menos los rifeños, con la ventaja sobre nosotros de que su capacidad combatiente, su iniciativa y su destreza serán, individualmente, superiores á las nuestras; y que cuesta muchísimo mantenerse á cierta altura, mientras que se descende de ella muy de prisa y á veces sin percatarse de que se baja hasta encontrarse al pie, en lo más hondo.

Tal vez suenen mal estas frases coincidiendo con las lisonjeras que se oyen por todas partes: pero las creo más que oportunas, necesarias. Porque no parece sino que hayamos realizado todo lo que en el proceso humano nos compete hacer, y que ya es hora de arrinconar las armas. Nunca como ahora es de imprescindible necesidad estar apercebidos á la guerra, porque á las eventualidades que antes y en todo tiempo eran de temer, han venido á sumarse las ciertas y positivas de una extensa vecindad con las kabilas más guerreras de Marruecos, dominadas por la fuerza, pero no sometidas, y las incontables complicaciones á que puede dar lugar, pese á la mayor prudencia, la cuestión marroquí.

¿Qué hubiera acontecido si el enemigo, bien preparado, no nos diera tiempo de efectuar aquella magnífica preparación que se prolongó todo el mes de agosto y parte de septiembre? ¿podremos siempre y cualquiera que sea el adversario efectuar con tan relativo sosiego la misma labor? ¿habrá quien intente desconocer que si se repite lo pasado, los rifeños no obrarán con la misma prudencia de antes, á menos que desde el primer momento les castigemos con inusitado rigor?

Porque no se trata sólo de vencer; el ejército debe alcanzar la victoria

para su nación, si ello es posible, pero esa victoria ha de obtenerse al precio más bajo que las circunstancias consientan, y con los menores sacrificios. No puede hacerlo todo el ejército, es verdad, pero dentro de los recursos y medios que se le faciliten está obligado á permanecer constantemente en disposición de entrar en campaña.

De lo pasado se deduce, pues, una gran lección: el ejército no se improvisa; la profesión militar exige un continuo estudio y una práctica incesante, porque de todas las que existen es la en que conviene más aprender en cabeza ajena y no en la propia; debemos ver en lo sucedido y tan felizmente rematado un aviso providencial, y persuadirnos que no estamos al cabo de la calle, como vulgarmente se dice, sino muy á su principio. Y terminamos con la sentencia de la Escritura: quien tenga oídos que oiga, quien tenga ojos que vea.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA

## LOS AEROPLANOS EN LA GUERRA

En la *International Revue* se ha publicado recientemente un artículo sobre el empleo de los aeroplanos en la guerra, en el que se expone con gran sensatez esta importante cuestión.

El autor comienza por descartar el empleo del aeroplano como arma, toda vez que carece de la suficiente fuerza ascensional para transportar el personal y los proyectiles, ser imposible mantenerlo en la vertical del punto sobre el que ha de disparar, y comprometer la estabilidad del aparato y aun provocar su caída la brusca disminución de peso determinada por la caída del proyectil.

Un aeroplano construído *ad hoc*, cuyos órganos más delicados fueran desmontables, podría ser conducido en un carruaje especial y acompañar á las columnas de operaciones, á imitación de lo que ha hecho ya en este sentido el americano Hering. Cada brigada y división podrían tener afectos un cierto número de aeroplanos, además de las unidades de esta clase destinadas á cometidos especiales. En este concepto, los aeroplanos són muy superiores á los dirigibles, que requieren varios carruajes para el transporte del aparato y accesorios, así como para la conducción del gas y elementos de inflación, todo lo cual alarga y quita movilidad á las columnas.

Siendo el radio de acción actual de un aeroplano de unos 70 kilómetros, podrá efectuar exploraciones y reconocimientos á pequeñas distancias, bastando que se mantenga en el aire una hora y llevando un oficial, además del piloto; más adelante, cuando estén más perfeccionados los motores, los reconocimientos podrán extenderse á grandes distancias. Ese empleo de los aeroplanos, muy útil á las tropas en marcha, lo será

aun más si éstas se encuentran en reposo, aventajando á todos los demás elementos de exploración. La caballería tropieza, desde este punto de vista, con los obstáculos que le oponen el terreno y el enemigo, tanto en la marcha de avance y en el servicio, como en la transmisión de partes y noticias, de modo que en general los datos que recoge llegan siempre con bastante retraso al comandante en jefe, dando esto lugar á noticias contradictorias y á resoluciones falsas. Las líneas telegráficas y telefónicas pueden ser destruidas y sufren averías é interrupciones con gran facilidad; los globos cautivos no pueden extender sus observaciones á grandes distancias; y además su eficacia depende del estado atmosférico; y, hoy por hoy, los mismos dirigibles no constituyen un factor de reconocimiento con el que se pueda contar en todos los casos.

Si además se observa que los comandantes de unidades relativamente pequeñas no disponen de dirigibles, ni de globos cautivos, y que á veces su dotación de caballería es escasa, se concluirá que el empleo de los aeroplanos les resolverá el problema, sin tener que sujetarse al terreno, á los caminos y á una multitud de factores, y con la ventaja de que el aeroplano estará de regreso con las noticias recogidas antes de que el enemigo haya tenido tiempo de modificar su situación.

Pero si ésta cambia rápidamente ó se inician nuevos movimientos en el campo enemigo, lo que es frecuentísimo en la guerra, las patrullas de caballería y todos los demás medios de reconocimiento no podrán advertir á tiempo, sino por casualidad, el nuevo estado de cosas, ni será fácil hacer llegar oportunamente las órdenes adecuadas á la caballería avanzada. En este caso, el aeroplano será insustituible.

De suerte, que el aeroplano será un valiosísimo complemento, en las circunstancias más difíciles, de la caballería, arma sobre la que hoy gravitan una multitud de servicios delicados y espinosos, algunos de los cuales requieren masas importantes de ginetes, de los que no están dotadas las unidades medias.

En la guerra de sitios, el campo de acción del aeroplano es aun más vasto. Lo mismo el sitiado que el sitiador tropiezan con dificultades insuperables para emplear su caballería en los reconocimientos; los globos cautivos han de mantenerse alejados del cañón y no pueden acercarse á una distancia eficaz, y los dirigibles son mucho más vulnerables y presentan un blanco incomparablemente mayor que los aeroplanos, los cuales, por su gran movilidad, la grande altura á que pueden remontarse, lo reducido de sus dimensiones y lo suave y esfumado de su coloración, son difíciles de distinguir. Con ser ventajosos á los dos ejércitos, los servicios del aeroplano resultarán todavía más favorables al sitiado, que conocerá la situación de las baterías, campamentos y trabajos del enemigo, no tendrá necesidad de fabricar el gas que exigen los globos y podrá asegurar, en lo posible, el enlace entre la plaza sitiada y el resto del país, el

ejército de operaciones y las plazas vecinas, con lo que será más fácil lograr una acción combinada de todas las fuerzas hacia un objetivo común.

A medida que aumentan los efectivos de los ejércitos, más se extienden los teatros en que se desarrollan las operaciones, de donde nace una dificultad para asegurar las comunicaciones rápidas entre los diferentes puntos de la zona que ocupa el ejército. Esto ha obligado á dar grande impulso á los medios técnicos de enlace, como el telégrafo eléctrico y el óptico, el teléfono, el automóvil y el telégrafo sin conductores.

Este último, aunque no ha llegado á un completo grado de perfección, ofrece grandes ventajas, en particular la de no estar sujeto á la destrucción ó inutilización por el enemigo y la de ser casi independiente del terreno; pero adolece también de inconvenientes, tales como el de su sensibilidad á ciertas influencias atmosféricas y exigir mecanismos muy delicados.

El aeroplano, en el servicio de comunicaciones, es hoy un progreso innegable y utilísimo. Obrando á través del espacio como la radiotelegrafía, no requiere aparatos tan sensibles como ésta, y, en muchos casos, transmitirá los partes antes que ella, pues no será menester montar las antenas y organizar las estaciones. El aeroplano es, por consiguiente, un magnífico medio de comunicación, y está indicado especialmente para auxiliar á la caballería en las circunstancias más graves, como las que exigen, por ejemplo, la transmisión de los partes de las divisiones de caballería, el enlace entre los grandes cuarteles generales, y entre estos y los puntos de etapa y los convoyes.

Es imposible predecir la vasta esfera de acción que el porvenir reserva á los aeroplanos, pero es indudable que todas las comunicaciones delante y á retaguardia del cuerpo de ejército, así como entre las unidades de esta clase, incumbirán á la radiotelegrafía y al aeroplano, cuyo empleo combinado abre ya nuevos horizontes desde el punto de vista militar.

La principal dificultad que hoy se opone al empleo de los aeroplanos en la guerra es la dificultad de tender el vuelo. En particular los del tipo Wriqth no parecen aplicables; pero un sistema de lanzamiento obtenido por la combinación de los métodos usados por Farman, Blériot, etc., parece que resolvería el problema en el concepto militar. Con esto, y la probable aplicación de los motores de explosión, no es aventurado afirmar que los aeroplanos figurarán muy pronto como uno de los principales medios técnicos en todos los ejércitos.

---

**BIBLIOGRAFÍA**

---

*Campañas de Alejandro Farnesio, Príncipe de Parma*, por D. Federico Pita, Capitán de Infantería. Madrid. 1909. 125 páginas (23 × 15), 5 pesetas.

Nuestro estimado amigo y colaborador, el conocido escritor militar D. Federico Pita, acaba de publicar un estudio muy interesante sobre las campañas de Alejandro Farnesio, tan notables como poco estudiadas; contribuye sin duda á esto último en gran parte el aspecto religioso que tuvieron las guerras de los Países Bajos, lo que nos malquistó con los escritores militares y los historiadores del centro de Europa y algunos franceses, que, obrando con notoria parcialidad, quitan importancia á aquellas guerras, para dársela en cambio á otras que halagan más su amor propio nacional. Como quiera, lo cierto es que el espejismo de las guerras napoleónicas hizo desmerecer, sin razón fundada, entre nosotros los altos hechos de nuestros grandes capitanes en Flandes, como si el mérito de las operaciones militares hubiera de medirse por el número de soldados y no por la habilidad y resultados de las combinaciones.

De algunos años á esta parte nuestra literatura militar se ha enriquecido con obras muy valiosas é importantes sobre aquél periodo de nuestra historia, mas la verdad es que las campañas en cuestión no han logrado popularizarse aquí, y en general siguen siendo desconocidas.

A remediar en lo que cabe esta situación se endereza el nuevo libro del Sr. Pita, escrito con fogosidad, con vehemencia, y en el que se traza un cuadro no solo militar, sino político de aquellos tiempos. Aunque no participamos de todas las apreciaciones que en este último concepto hace el autor, hemos de reconocer que sus juicios tienen muy buenos y reputados mantenedores, y que se ajustan al sentir de no pocos de nuestros contemporáneos. Esa circunstancia, la de reflejarse un punto de vista no exclusivamente profesional, es probable que contribuya á vulgarizar las gloriosas campañas de Farnesio, porque el libro tiene así más vida y palpa en él un interés humano que no siempre se encuentra en las historias y relatos de guerras antiguas.

La parte militar del libro merece todos nuestros aplausos, y acredita una vez más al Sr. Pita de autor sagaz, fácil, ameno y de excelente criterio; con tales requisitos, es de esperar que *las Campañas de Alejandro Farnesio* tendrán la acogida que se merecen, y á la que deseamos coadyuvar recomendando el libro á nuestros lectores, seguros de que agradecerán nuestro consejo.